

Un viaje a Guadalajara y a los recuerdos

(CONTINUACIÓN)

¡Ya..! La aguja traspasada por el hilo era como un trofeo.

Dos golpes en la puerta sacan a doña Patro de sus cabezaditas de rigor. Trata de recomponerse mientras posa sus manos sobre los brazos del sillón de madera. Recuperando su equilibrio ordena:

–¡Adelante!

La puerta se abre y hace su aparición el señor alcalde acompañado de dos mujeres. Toda la clase, como es habitual, nos pusimos en pie y a coro dijimos: ¡Buenaas taaardes!

En la levantada, la tela con el bastidor se me va al suelo y me quedo con la aguja en la mano, desenhebrada otra vez.

–Sentaos –dijo doña Patro a la clase.

Los visitantes se dirigen hacia ella y charlan animados al pie del encerado.

Definitivamente desisto de volver a enhebrar la aguja y me dedico a cambiar con la Pili, que está dos pupitres mas atrás, un tebeo de Florita por otro de la familia Ulises.

–¡Silencio niñas..! –grita doña Patro–. Esas señoritas son de la Sección Femenina de Guadalajara y vienen para hablar con vosotras.

Aquellas señoritas, altas y guapas, que olían a capital, iban vestidas iguales. Falda gris, blusa azul marino, zapatos de tacón negro y medias de crital. Aquellas señoritas altas y guapas, nos hablaron de los ideales de la patria y de la necesidad de formamos en el Espíritu Nacional.

Con ellas aprendí a cantar formando filas con “la mirada clara y lejos y la frente levantada. Yendo por rutas imperiales caminando hacia Dios”. Con ellas aprendí a bailar jotas y bailes regionales para deleite de nuestros padres y para el colmo del aburrimiento del

señor Gobernador de Guadalajara cuando nos visitaba. Con ellas aprendí a recitar los más bellos poemas dedicados al árbol en el “Día del Árbol” ante la desesperación del señor Gobernador de Guadalajara. Y con ellas descubrí el deporte.

Un pololo gris, una camisa azul marino y unas zapatillas blancas era el uniforme deportivo. Formadas en fila de a dos, salimos de las escuelas hacia las eras para hacer gimnasia. “Hay que estar en forma –decía la señorita Begaña– para más adelante poder jugar a baloncesto y a balonvolea”.

En silencio atravesábamos el pueblo. Al pasar por la plaza, la gente se paraba y salía de las tiendas para ver lo guapas y formales que íbamos. Nosotras soreíamos orgullosas sintiéndonos las protagonistas de aquella extraña procesión.

Un día de lejos, distinguí a mi padre que avanzaba hacia nosotras por los soportales de la plaza. Antes de llegar a nuestra altura se dio media vuelta con prisa, como si se le hubiera olvidado algo. “¡Qué pena! –pensé– me hubiera gustado que me viera con aquel uniforme, tan maja y tan formal”.

Aquella noche mi padre volvió del trabajo a la hora de la cena. Ya estábamos sentados a la mesa, mi abuela, mi hermano y yo, y mi madre acababa de empezar a bendecirla: “Dígnese Dios bendecir nuestro pan de cada día y concedernos su paz, salud y santa alegría”. “Amén”, contamos al tiempo que nos persignábamos.

Mi padre se hizo un garabato en la cara, a modo de Señal de la Cruz, mientras se sentaba. Y se dispuso a comer la sopa de Avecrem sin levantar la cabeza del plato.

–Padre, ¿no me has visto cuando pasábamos desfilando por la plaza? –le dije orgu-